



13

EL RIOJANO—CORDOBÉS — 1881/82

Noviembre estaba en su esplendor. Por los polvorientos caminos riojanos la vieja galera iba dejando una estela, visible desde lejos. Ya habían dejado atrás el amable paisaje verde de Chamental, y ahora atravesaban los llanos, áridos y desolados. Los cerros, cortados a pique, mostraban en su misma estructura distintas tonalidades, desde el gris claro al rojo ladrillo. El viento, como paciente y detallista alfarero, moldeaba formas caprichosas en algunas elevaciones. Auténtica obra de arte, solitaria y silenciosa...

El movimiento del carruaje, el calor del día, el cansancio del viaje, habían logrado adormilar al pasajero. De vez en cuando, alguna sacudida mayor lo despertaba por un momento, fijaba la mirada en el paisaje, admiraba la obra de la naturaleza, y luego volvía a sumirse en ese sopor que acortaba distancias y parecía acelerar la llegada.

Sus compañeros de aventura, un matrimonio mayor, con quienes había partido desde Córdoba, habían terminado su viaje en un pequeño paraje, apenas pisando tierra riojana, donde una de sus hijas, con su yerno, los esperaban ansiosos: ¡habían tenido un



bebé, y los abuelos iban a conocerlo! A partir de allí, quedó solo para el resto del viaje. Solo para rezar... solo ¡para dormir!

- ¡Padrecito! – La voz del cochero logró despabilarlo enseguida.
- ¡Sí! – contestó el P. Torres, sacando la cabeza por la ventanilla –, ¿qué ocurre?
- ¿Qué le parece hacer noche en ese poblado? Los caballos ya están cansados, y a nosotros tampoco nos vendría mal descansar un poco. ¿Qué dice?
- ¡Que es una buena idea! – contestó, contento ante la posibilidad de estirar al fin las piernas, y de dormir sin sobresaltos y ¡en una cama!

En la modesta, pero limpia posada, encontró todo lo que necesitaba: un buen baño, un plato de comida, y gente sencilla con la cual poder conversar y reír un poco. Dio, después, unas vueltas por el establo, comprobando que los animales eran atendidos con conocimiento y esmero. Contempló el cielo, tachonado de estrellas, y se dijo que lo esperaba otra jornada brillante y calurosa para llegar a destino. Ya en su habitación rezó por esta nueva misión que le habían encomendado. No parecía tan difícil: superior de la comunidad de La Rioja. No pudo evitar reír ante el ocurrente “permiso” de la Providencia; serían “comunidad de dos”: él y el P. Navarro... evidentemente, ¡no sería difícil!

Durante la última etapa del viaje recordó aquel que, meses atrás, había realizado con el P. Robalino. ¡Habían hecho cerca de 1.500 km a caballo! En comparación, este era un viaje de placer... aunque seguía resultando muy largo... En aquella oportunidad, Catamarca había vuelto a manifestarse sin ánimos para llegar a un acuerdo con la Orden, y Tucumán... se vería con el tiempo...; aprovechando que la respuesta no había sido tan determinante, no estaría de más seguir insistiendo.

Cuando finalmente llegó a su convento, se encontró con un pequeño, pero cálido recibimiento. El P. Navarro estaba acompañado por un grupo de hombres, feligreses sin duda, y unas pocas mujeres, esposas de algunos de ellos. El sol todavía estaba alto para sentarse a cenar; sin embargo la mesa de la sala, revestida con un blanquísimo mantel, era una invitación demasiado tentadora para no tenerla en cuenta: el pan casero, casi recién horneado, los fiambres y quesos cortados con exquisita perfección, el color bordó del vino tinto ya servido en las copas de cristal... ¿cómo resistirse? Se notaba que las damas se habían esmerado en la preparación de todos los detalles.



Luego de un rato, el P. Navarro, con firme sutileza, indicó que era el momento de permitirle descansar al recién llegado. En un santiamén, damas y caballeros dejaron todo arreglado y acomodado, y la comitiva de recepción se retiró intercambiando impresiones sobre el nuevo superior.

Ya solos, el P. Navarro comprobó una vez más que nada faltara en la habitación que había hecho preparar, y deseándole un buen descanso lo dejó, arreglando sus pocas pertenencias. Esa noche, el P. Torres no supo en qué momento había apoyado su cabeza en la almohada...

Con el transcurso de los días, el P. Torres vio que su tarea sería sumamente variada. Tempranito, por la mañana, celebraba la Misa con buena concurrencia de fieles. Después del desayuno, salía a dar una vuelta por el pueblo, y era la ocasión propicia para tener encuentros ocasionales e informales con la gente del lugar. ¡Cuánto aprendía de estas conversaciones! Su estilo de vida, sus valores, sus prioridades, su sentido de patria, su experiencia de lo sagrado... Cuando regresaba, ya solía haber gente esperando para pedir bautismos o averiguar fechas posibles para casamientos. No tenía secretario, así que tenía que atender todo él.

El P. Navarro se levantaba tarde, mediando la mañana. Estaba enfermo, y las fuerzas lo abandonaban con frecuencia. Ayudaba en lo que podía, pero podía poco. Era evidente que se había ganado el afecto de la gente, y lo buscaban para las confesiones o como guía espiritual, lo que hacía con gusto y dedicación.

Desde los primeros meses del nuevo año (1882), el P. Torres comenzó a ocuparse, también, del estado de las capillas que de él dependían. Una de ellas, tenía el techo en muy mal estado, al punto de hacerlo dudar de habilitarla para el ingreso de los fieles. Fue el primer arreglo que acometió, buscando lugareños que lo asesoraran y ayudaran en la restauración.

Cuando podía, mantenía correspondencia con alguno de los frailes de otras comunidades. En julio le escribía a Fr. José Arabena, del Convento de Mendoza:

“Seguramente que Vuestra Reverencia se habrá ya olvidado por completo de este pobre riojano que siempre lo tuvo dentro de su



corazón... yo me encuentro como acostumbro a estar en todas partes; siempre malo y sin esperanza de enmendarme... para el sinnúmero de atenciones que tengo diariamente no hay más que yo, que me ocupo hasta de Sacristán y algunas veces en la cocina, y todo esto por no gastar, pues estoy más cicatero que nunca. Al Padre Navarro le traen la comida de afuera; pues así lo exige el estado de su salud. Por consiguiente, en el refectorio²³ no hay más comunidad que su amigo.

En la Semana Santa hicimos los oficios²⁴ como se acostumbra en todos los demás conventos, habiendo comenzado con las pláticas de cuaresma todos los domingos. Actualmente ya tenemos la misa de sábado y la Salve semanalmente²⁵.

Su amigo se ha hecho en La Rioja más sinvergüenza que en ninguna otra parte: tuvo la osadía de exhibirse²⁶ en el día de la colocación de la Iglesia ante un auditorio numerosísimo y compuesto de lo más selecto; después, hace pocos días, cometió la misma audacia en plena [Iglesia] Matriz por la fiesta de San Pedro, donde asistió en corporación la plana mayor del Gobernador y cantó la misa el Señor Vicario. En ese día lo habían preparado al cordobés, los caritativos riojanos, como a uno de esos parejeros que corren cuadreras por millones.”

Y mientras así, variada pero tranquila, transcurría la vida riojana del P. Torres, en la lejana Buenos Aires la Iglesia se estremecía ante los resultados del Primer Congreso Pedagógico Internacional, que en aquella ciudad se había realizado.²⁷ No tardaría mucho

²³ Refectorio: comedor.

²⁴ Celebraciones litúrgicas

²⁵ Es tradición en la Orden de la Merced, la misa del sábado dedicada a la Virgen de la Merced, y el posterior canto de la Salve, en su honor.

²⁶ Hace referencia a que debió predicar.

²⁷ En los meses de Abril y Mayo de 1882, se realiza el Primer **Congreso Pedagógico Internacional** con sede en Buenos Aires, convocado durante la Presidencia Nacional de Julio Argentino Roca. Países que intervinieron: Estados Unidos, Bolivia, Brasil, Costa Rica, El Salvador, Nicaragua, Paraguay y Uruguay; el tema convocante era acerca de las ideas y principios que debían regir la educación pública. Pensado para fomento y mejora de



en enterarse de los detalles ya que, llegado el P. Manuel Rodríguez a relevarlo en el cargo, hubo de regresar a Córdoba.

Sin que él lo supiera, empezaba a cerrarse el entramado de acontecimientos, que lo conducirían por caminos que no se imaginaba...

la instrucción popular, degeneró en órgano del laicismo, que inauguró con él la primera etapa en la conquista de la escuela.